

## DISCURSO

PARA EL DIA 17 DE MAYO.

### EL SANTO ESCAPULARIO.

PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—Origen y progresos de esta devoción.

SUBDIVISIONES.—1. Origen.—2. Progresos.

**PUNTO SEGUNDO.**—Exposición de esta devoción.

SUBDIVISIONES.—1. Misterio del vestido de la Virgen.—2. Significación del vestido.

**PUNTO TERCERO.**—Ventajas de esta devoción.

*Stolam gloriæ indues eam.*  
La investirás con una estola de gloria.  
(ECCLE., VII, 32.)

**D**ESPUÉS de la devoción del Rosario, de que os hablé ayer, obtiene el primer lugar, con relación al culto de María, la del Santo Escapulario. La asociación del Escapulario no fué en su principio más que una devoción practicada por Ordenes religiosas ó por piadosas cofradías; sin embargo, difundida poco á poco por la Iglesia, produjo en ella tanto bien, proporcionó tantos frutos de salud y de vida, que la mayor parte de los fieles tuvieron como una honra el afiliarse en ella, siendo muy de desear que imiten su ejemplo los que todavía no lo han hecho. Voy, pues, á hablaros hoy de la devoción del Santo Escapulario; pero antes es preciso que os diga en pocas palabras su origen y sus progresos.

AVE MARÍA.

#### PUNTO PRIMERO.

ORIGEN Y PROGRESOS DE LA DEVOCIÓN DEL SANTO ESCAPULARIO.

Leemos en la Santa Escritura, en el tercer libro de los Reyes, que el gran Profeta Elías habitó una cueva en las alturas de un monte para entregarse en el retiro á los santos ejercicios de la penitencia. Este monte, tan frecuente y gloriosamente citado en las Escrituras, es

el monte Carmelo. En sus cimas es donde el Profeta ofreció el famoso sacrificio sobre el cual descendió el fuego del Cielo, que consumió no solamente la víctima, sino el altar y la piedra misma que le constituía; ese sacrificio para siempre memorable que confundió la imposura de los sacerdotes de Baal. Pero el monte Carmelo es célebre más especialmente por una visión que tuvo el santo Profeta, y que es considerada por todos los escritores sagrados como una profecía que se refiere evidentemente á la Santísima Virgen.

El Profeta, amigo de Dios, advirtió un día en los aires una nebulilla tan ligera, que se parecía, dicen los Santos Libros, á una huella fugitiva, pero que, dilatándose poco á poco, cubrió la tierra con su sombra, y derramó en ella una lluvia abundante y fecunda, imagen preciosa y admirable, H. M., del destino, de la misión de María, tan humilde, tan oscura al principio en su retiro, pero que, adquiriendo más tarde maravillosas proporciones, hizo de Ella la Protectora del mundo, la Reina de Cielos y tierra, la Soberana de los Angeles.

Era natural que la devoción y el culto de la Santísima Virgen echase desde luego hondas raíces en los lugares mismos de que parecía haber tomado posesión largo tiempo antes de su nacimiento. Y en efecto, una Orden religiosa cuyo origen atribuían algunas tradiciones al Colegio mismo de los santos Profetas de la antigua Ley, establecióse en el mismo sagrado monte, tomando por patrona y protectora á la Santísima Virgen, bajo el título de Nuestra Señora del monte Carmelo, á la cual profesó siempre la más ferviente devoción. Adoptó los colores de María en sus vestidos, los que en un principio fueron completamente blancos; pero como estos buenos religiosos se hallaban expuestos frecuentemente á las excursiones y á las persecuciones de los sarracenos, que miraban aquel color como una señal de nobleza y de distinción entre ellos, prohibieron formalmente á los religiosos del monte Carmelo que le usaran en adelante, y por lo tanto sólo conservaron una capa blanca sobre un vestido de color obscuro.

Largo tiempo, H. M., estuvo la Orden del Carmelo expuesta á las persecuciones más encarnizadas; pero, por fin, cuando parecía que se hallaba al borde de su ruina, Dios, que envía siempre auxilios proporcionados á las necesidades de su Iglesia y de sus hijos, suscitó en el Orden del monte Carmelo un hombre eminente en la persona de San Simón Stock, religioso, inglés de nacimiento, hombre distinguido por su piedad, por sus virtudes y por su sabiduría. San Simón Stock, desconsolado al presenciar los males que agobiaban á su Orden, resolvió, en su gran fervor por María, dirigirse incesantemente á la Reina de los Cielos. Recurrió en efecto á tan amable y generosa Protectora; y refieren las santas tradiciones, que María se le apareció un día rodeada de los espíritus celestiales, y que le presentó un vestido llamado Escapulario, y le dijo: «Tomad esta vestidura de vuestra Orden, usad de ella, y que cada uno de vuestros hijos la use también constantemente. Esta vestidura será señal de la alianza eterna que contraigó»

con ellos; todo el que la lleve se consagrará á mi servicio y estará siempre bajo mi protección.»

Tal es el origen del Santo Escapulario. Escapulario es por lo tanto una vestidura de honor que sirve de señal de la consagración al servicio de María, y es para él que la lleva muestra de su celo, de su abnegación, de su amor hacia María; y, por parte de María, una prenda segura de su protección especial, de sus más dulces favores y de sus abundantes beneficios.

Desde que se generalizó esta devoción en la Iglesia, empezaron los Pontífices á enriquecerla con las más preciosas indulgencias. Las riquezas espirituales concedidas á la Orden del monte Carmelo, y sobre todo al Santo Escapulario, hicieron que todos los fieles ambicionaran asociarse á esta santa práctica. La devoción del Escapulario hizo por consiguiente rápidos progresos, y fué muy pronto la especial devoción de todos los fervorosos servidores de María. Tal es su origen; conviene que os explique ahora en pocas palabras la significación profunda de esta devoción y las ventajas que produce.

## PUNTO SEGUNDO.

### EXPOSICIÓN DE ESTA DEVOCIÓN.

El Escapulario, ante todas cosas, es un vestido. Pero, H. M., ¿qué es un vestido, tomada esta palabra en la acepción más general, en el sentido más universal? ¡Ah! H. M., todo es simbólico en el hombre, todo es misterioso, y vais á ver el profundo misterio que se encierra en lo que llamamos vestido.

Ya habréis leído en el Evangelio aquella hermosa expresión del Divino Salvador, que nos enseña á contar con el auxilio de la Providencia, y á confiar completamente en su cuidado. «¿El cuerpo, dice, no vale más que el vestido...?» Estas palabras significan sin duda alguna que en el hombre el cuerpo está unido al alma, y pues que Dios nos conserva la vida, no puede dejar de proporcionarnos los medios de sostener el cuerpo y protegerle, de manera que no se nos proporcione el alimento sinó para que exista el cuerpo. Pero estas expresiones demuestran también la existencia de una ley inexorable, de la que no puede sustraerse; á saber, la obligación de trabajar aquí bajo para alimentarse y para vestirse. Decidme, H. M., esta obligación, esta rigorosa necesidad ¿no es la señal más evidente, la prueba más incontestable de que el hombre está aquí bajo en un estado de decadencia, en un estado de prueba, en un estado de expiación? Mirad al lirio de los campos, para servirme de la preciosa comparación del Evangelio: no se ocupa en sembrar, ni en segar, ni en recoger la cosecha en los graneros, y sin embargo, es tal su vestidura, que Salomón con

toda su gloria no puede llegar á debilitar su radiante belleza. Mirad el corderillo y la oveja. ¿Quién les ha dado el vellón sedoso que los cubre? ¿Y sólo el hombre, entre todos los seres vivientes de este mundo, habría de estar completamente desheredado de los dones de Dios, y ser el único que no poseyera lo que el más inferior, el último de los seres animados posee? ¡Ah! H. M., pues que el hombre debe ganar aquí bajo con sus fatigas, con el sudor de su rostro el derecho á alimentarse y el privilegio de vestirse, evidente es que se halla en un estado de expiación. Sin ésto, podría decirse que Dios ha sido injusto con él y que era de peor condición que el último de los seres animados. Pues bien: la Escritura no nos deja ninguna duda sobre este punto. Con esa sencillez, con esa sublime precisión que caracteriza todas sus narraciones, la Escritura nos refiere el origen del vestido, y nos dice que en el principio de las cosas el hombre se hallaba revestido de la gracia de Dios. Sin duda ninguna, H. M., que en aquel feliz estado que nosotros echamos continuamente de menos, pero del que no podemos tener una completa y satisfactoria idea, el hombre vivía en la misma gracia que mantenía en él una eterna juventud, que le comunicaba la vida y la inmortalidad, en esa gracia de los privilegios desconocidos. Sin duda ninguna que esta gracia le cubría como con un vestido luminoso, como con un manto real, radiante y espléndido, del que todo hombre quedó despojado por el pecado, y que la humanidad caída no ha dejado, á través de las edades, de echar de menos entre dolores y lamentos.

Pues bien; una vez despojado el hombre de esta vestidura de la inmortalidad que perdiera por el pecado, y que no podrá reconquistar sinó por medio de la regeneración cuando su cuerpo quede gloriosamente transfigurado, permaneció en una vergonzosa desnudez que le produjo la confusión y el terror; y la Escritura añade, que huyó á los bosques para ocultarse y para hacerse un vestido de hojas de higuera. Entonces le persiguió la voz de Dios; la voz de Dios vengadora, pero justa, le llamó á través de los espacios del Paraíso: «Adán, ¿dónde estás?—Señor, respondió el culpable, he huido, me he ocultado porque tuya miedo.—¡Miedo! ¿Y de qué?—Señor, ya lo veis, estoy confuso.—¿Y cómo sabes tú lo que es la confusión y la vergüenza, sinó porque has comido del fruto de que te había prohibido rigorosamente que comieras?» Y entonces, en tono de irónica amargura, en ese tono que hiela de espanto, añadió el Señor: «¡Véase, pues, cómo Adán ha venido á ser semejante á mí! Quería igualarse á Dios, y ha quedado igualado con el oprobio, con la vergüenza y con la ignominia. No ha seguido las inspiraciones de la gracia, ni escuchado siquiera el simple consejo de la razón; se ha comparado al animal desprovisto de raciocinio y no sigue ya más que groseros y ciegos instintos. Pues bien, replicó el Señor: acércate, criminal, quiero hacerte un vestido que llevarás en adelante.» La Escritura añade, que Dios echó sobre sus hombros una túnica formada de pieles de animales, como si le hubiera dicho: «Has desobedecido, has pecado; pues bien, la tierra te ser-

virá de cárcel, el trabajo de castigo; y tu vestidura, hecha con despojos de animales, será la señal de ello: llevarás eternamente la librea de tu pecado, de tu ignominia, y no tendrás aquí bajo por vestido sinó el despojo del animal privado de razón, con el que no te has avergonzado de compararte en tu desobediencia.»

Sí, H. M., preciso es confesarlo; por doloroso que esto sea para el hombre, por doloroso que esto sea para nuestro orgullo, nosotros llevamos aquí bajo la librea del castigo; llevamos la librea de la expiación, y nuestra vestidura la hemos robado á los animales. ¡Oh! En vano la tejéis en varios matices; inútilmente mezcláis la seda en vuestros mantos; por más que ornéis vuestras frentes con ondeantes plumajes, en todo reconozco el despojo del animal. Esas plumas robadas al ave del desierto; esas lanas robadas á la tímida oveja; esas ricas y calientes pieles arrancadas á la bestia feroz que tiene su guarida en los bosques, el orgullo las transforma, la industria se ingenia en modificarlas de mil maneras; pero siempre encuentro el anatema indeleble de la Escritura; siempre el despojo del animal; siempre el signo de la maldición de Dios.

Sin embargo, H. M., apresurémonos á decirlo, la Redención obrada por el Divino Salvador lo ha transformado todo en este mundo; ha levantado al hombre, le ha comunicado una gloriosa rehabilitación; y esa rehabilitación magnífica, que ha cambiado las condiciones del castigo, pues que ha hecho de él una expiación, se ha extendido á todo, áun al vestido, y vais á ver en qué manera. Sí, H. M., digo que el castigo se ha cambiado en expiación, y que la condición del hombre, de vergonzosa que era, se ha transformado en gloriosa; porque tanto como degrada el castigo, otro tanto realza la expiación. El castigo es una consecuencia del crimen, la expiación es el primer paso hacia la virtud; el castigo es una deshonra más para el que le sufre, mientras que la expiación es una rehabilitación gloriosa que levanta al hombre á sus propios ojos cuando la sufre con valor. Por consiguiente, puesto que el vestido era la señal del castigo, preciso era también que se convirtiese en el símbolo de la expiación. Véase por qué el vestido que no era ántes más que un despojo del animal, sin dejar de serlo, porque el fondo de su sustancia no ha cambiado, se ha transformado de tal manera, que, en vez de ser signo del castigo del pecado, ha venido á convertirse en símbolo de la redención que le ha rescatado. Véase por qué el vestido es signo de la virtud. Véase por qué el vestido blanco de la joven doncella es símbolo de su candor y de su inocencia; véase por qué el paño burdo que viste el humilde cenobita, es el símbolo del abandono de los bienes de este mundo y de su completa abnegación; véase por qué el vestido que cubre y rodea la frente de la virgen, es la cortina que la separa de los placeres del mundo á que ha renunciado generosamente; véase por qué las vestiduras que lleva el sacerdote al acercarse al altar, son el sello de la virtud, el símbolo del profundo recogimiento en que se envuelve para ofrecer el sacrificio, lejos de los caminos impuros de la tierra y de las

distracciones del mundo. De suerte, H. M., que, gracias á la Redención, el vestido se ha convertido hoy en señal gloriosa de la vocación, de la condición, y, hasta cierto punto, del estado del alma.

Vais á instruiros de todas estas cosas. ¿Por qué, H. M., la Iglesia y la sociedad colocan, la primera una triple corona en la frente de sus Pontífices, y la segunda una diadema en la cabeza de sus monarcas? ¿Por qué pone en sus hombros un rico manto de púrpura ó de azul sembrado de estrellas ó de abejas de oro? ¿Por qué pone un cetro en sus manos? ¡Ah! os engañaríais si creyeseis que es por lisonjear su orgullo, para caracterizar ante los ojos de todos una elevación vana, sin otra significación que la de una orgullosa supremacía. ¡No! Así como en otro tiempo había la costumbre de adornar la víctima que se conducía al sacrificio, hermoheando su frente con cintas y flores, así también en la frente real y en la frente sacerdotal de esas víctimas que se sacrifican, que hacen abnegación de su vida por la salvación de todos, se echa un manto de hermosos colores y una brillante diadema como señal del sacrificio de todos los días. Y véase por qué el Pontífice, el que ha reemplazado á Jesucristo, se da el nombre de siervo de los siervos de Jesucristo. Y no vayáis á creer que sea éste un título inspirado por una especie de idolatría facticia. Es en la realidad traducción exacta, rigurosa, precisa, de su vocación y de su misión en el seno de la Iglesia. Es verdaderamente el siervo de los siervos; porque todo el que aquí bajo hace abandono de su vida para entregarla por la salvación de todos, ése, H. M., es una víctima. Por eso el sacerdote lleva una vestidura que le distingue en medio de la multitud; por eso el magistrado, el juez, llevan una vestidura de honor; y por eso, en fin, el soldado que marcha contra el enemigo y vierte su sangre por la patria, lleva igualmente una vestidura que le distingue á los ojos de todos.

Así, pues, H. M., todos los sacerdotes, todos los servidores, todas las corporaciones, todas las asociaciones, todo lo que en la tierra se compone de hombres inmolados, sacrificados, que hacen abnegación de su propia vida por la salud de todos, llevan un vestido que les honra, pero á condición, por su parte, de honrarle también por medio de la virtud y por el fiel cumplimiento de sus deberes.

Pero hay más todavía; el vestido es también señal del estado social del hombre. Dícese que el vestido no hace al hombre, y, si me permitís citar el proverbio en su vulgar sencillez, que el hábito no hace al monje. Es verdad, H. M.; pero debo decir que no lo es sinó por excepción; que si el vestido no hace al hombre, al menos le caracteriza y le revela tal como es. ¿Y no véis, H. M., hecha en cien ocasiones la experiencia de ésto? ¿Cuántas veces en el mundo, entre los desgarrados harapos, debajo de los girones de la pobreza, habréis encontrado la limpieza, la modestia, la decencia, y el decoro conveniente que entristece sin duda las miradas, pero que os hace adivinar en el interior una alma honrada, un alma con hábitos de regularidad, de orden, de humanidad y de virtud? ¿Cuántas veces, por el contra-

rio, bajo la falsa brillantez del lujo y de la opulencia, no habéis encontrado un alma indigente que trata, por medio de los adornos exteriores, de desvanecer la vista para impedir se penetre en el interior y no se llegue á descubrir las profundas miserias que hay en él? El vestido mismo, una cierta cosa de este vestido, es lo que os ayuda á conocer al hombre. ¿Cuántas veces, H. M., no habéis visto, en el lamentable siglo en que vivimos, almas idólatras de sí mismas, que se tributan el más vergonzoso de todos los cultos, el culto de la vanidad, que no se dirige sinó á sí mismo: almas que se construyen en cierto modo un pedestal para adorarse á sí propias, y para quienes la industria de este suelo no basta, no posee bastantes labores, bastantes recursos, ni es bastante ingeniosa para componerles un brillante adorno, y todo lo desprecian, todo, para cuidar de un cuerpo cuya vida es de algunos días; cuerpo marchitado por la edad y por el tiempo, que se arruga en manos de la vejez, y que se extinguirá bien pronto al soplo helado de la muerte? Así que, me atrevo á asegurar, H. M., que entre todas las idolatrías no hay ninguna que sea condenada por la Santa Escritura en términos más enérgicos y severos. «Yo he visto, exclama el Profeta Isaías, he visto á las hijas de Sión marchando orgullosamente, con la cabeza erguida, continente y ademanes estudiados; he visto sus ricos mantos, sus brillantes adornos; he aspirado el olor de sus perfumes. Pues bien: yo destruiré todo esto; yo haré pedazos tan frívolos afeites y todos esos adornos que no desfiguran á nadie.» Son palabras textuales de la Escritura. De suerte, H. M., que cuando el cristiano, haciendo abnegación de sí mismo, desdeñando los frívolos adornos, se acerca al altar de María á pedirle el favor de recibir, con el vestido que ha dado á sus servidores, sus gracias privilegiadas de pureza, de abandono, de abnegación, de modestia; al tomar el Santo Escapulario de esa augusta Virgen, no solamente tributa la mayor gloria á la Reina de los Cielos, sinó que sirve de edificación á la Iglesia, y, sobre todo, se salva á sí mismo. El paganismo ó el cristianismo del alma se conocen en el vestido.

Ciertamente, H. M., que la mujer cristiana tan gloriosamente rehabilitada por el cristianismo, tiene derecho á presentarse con decoro y hasta cierto modo con lucimiento, en la iglesia y en el mundo; tiene derecho á presentarse con esa gracia más hermosa que toda hermosura, y que la Escritura llama hermosura semejante á la de un templo. «Las hijas de Sión, compuestas en sus adornos sin afectación, tienen la hermosura de un templo.» Esa hermosura, que es una irradiación del interior que trasciende al exterior, como un gracioso vestido de pureza, de modestia y de santidad; esa hermosura, ese candor, esa tranquilidad, esa paz en la mirada, que es como un resplandor misterioso de la virtud de que interiormente está adornada; esa hermosa compustura que atrae el sentimiento de respeto, y que los mismos ángeles deben honrar inclinándose ante ella; esa hermosura del alma que, según la expresión del Rey Profeta, constituía toda la hermosura de la hija del Rey; esa hermosura interior,

prenda de la hermosura exterior, se extiende siempre hasta el vestido. Si es elegante, lo será sin afectación; si es pobre, lo será sin deformidad; y cuando la condición lo exige, si es suntuoso, lo será sin fausto, sin vanidad y sin orgullo. Mas para ésto, es preciso manifestarse más orgulloso del adorno interior del alma; más orgulloso en el cuidado de su conciencia; cuidadoso de la salvación; y digo que el mejor medio de conseguirlo es el tomar el vestido de María. Ya sabéis que está limitado á reducidas proporciones para los fieles que viven en el mundo. El que lo lleva, el que lo oculta en los pliegues de su vestido, el que tiene á honra el adornarse convenientemente con él, no dejando jamás de llevarle, debe decir á María: Este es el adorno que me distingue á vuestros ojos, el más querido adorno para mi corazón. El hombre, con sus sátiras y sarcasmos, se atiende siempre al exterior, porque sus miradas no pueden ir más allá; pero Vos, oh Reina de los Cielos, que veis el fondo del alma, que penetráis en los últimos pliegues de la conciencia, ya veis que este vestido con que me honro es mi adorno y toda mi hermosura. Que el mundo deje caer su sonrisa de lástima y sus sarcasmos sobre este ropaje con que me envanezco; yo le abandono á sus sátiras y á sus sarcasmos. Se ríe de verme llevar vuestro vestido, él que no se avergüenza de llevar una cinta, una condecoración adquirida con grandes expensas, honorífica sin duda, pero que, al fin y á pesar de todo, no es más que un signo de honor que dan el mundo y la sociedad; mientras que yo me adorno con la librea más gloriosa que hay aquí bajo, puesto que es la librea de la Reina de los Cielos. ¿Y cómo no he de estar orgulloso de llevarla, cuando aquí bajo se tiene á honor el llevar un signo distintivo dado por los príncipes de la tierra? ¿Y cómo no tendré á orgullo el llevar el Santo Escapulario, y llevarle hasta la muerte, pues que estoy seguro que me ha de preservar, si quiero unir á él la práctica de las virtudes, de perecer en las eternas llamas del infierno? ¿Por qué no he de defenderle, áun á costa de mi sangre, cuando veo á los hombres que se arrojan en medio de los combates á disputarse un pedazo de púrpura, porque es la enseña de un partido?

### PUNTO TERCERO.

#### VENTAJAS DE ESTA DEVOCIÓN.

¡Dichoso, pues, el que lleve el vestido de María! ¡Nó! El mundo nada comprende de las cosas de Dios. Nos reconviene por nuestra fe, por nuestras creencias, mientras que él mismo se muestra tan visiblemente crédulo. Nos echa en cara el ser religiosos, cuando él mismo no puede muchas veces dejar de ser supersticioso. ¡Pues bien! Seamos fieles á la gloria de María, llevemos el vestido de la Reina de los Cie-

los, llevémosle siempre. El que le lleve no perecerá en las llamas eternas. No quiere decir esto que cuando se lleva el Escapulario se hace uno invulnerable en el tiempo y puede sustraerse á la justicia de Dios durante la eternidad. Nó; la devoción al Santo Escapulario no es una devoción supersticiosa. Los fieles saben muy bien que el vestido que les honra no puede ponerlos al abrigo del peligro, que no deben exponerse é él imprudentemente. Los Cielos no pueden quitar aquella libertad de que habla Bossuet, que arrastra al hombre á abusar de ella. No digo que esta insignia haga invulnerable, aunque haya habido ejemplo de mortíferas balas que han caído ante ella. Podría citaros numerosos milagros que ha concedido Dios generosamente para premiar la devoción del Santo Escapulario. Sólo, pues, os diré: ¡llevad esa insignia con honor y devoción, llevadla con amor, llevadla asociando á ella la práctica de la virtud, el tierno amor y el celo fervoroso por la gloria de María, y entonces os garantizo que no pereceréis! Guardaos, sobre todo, de dar testimonio de indignas debilidades, no le profanéis con vergonzosas bajezas, no le profanéis con vuestros desórdenes; manifestaos, por el contrario, santamente celosos en ser fieles servidores de la Reina de los Cielos, cuya magnífica librea lleváis. ¡No la abandonéis jamás, para que María no os abandone tampoco; ella ha prometido que quien viva bajo la protección de esta insignia, no perecerá! No la abandonéis, permaneced fieles á María y María lo será con vosotros, no solamente en el tiempo, sinó en la eternidad, á la que os llamará para que participéis de su gloria. *Así sea,*

BRUNET.

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

## PLAN.

**PRIMERA CONSIDERACIÓN.—El Escapulario es una vestidura de salud.**

SUBDIVISIONES.—1. Es fuente de gracias.—2. Es signo de predestinación.—3. Goza de muchas indulgencias.—4. Nos hace participar de las buenas obras de los asociados.

**SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—El Escapulario es una vestidura de santidad: nos compromete á cumplir mejor nuestros deberes.**

SUBDIVISIONES.—1. Hacia Dios.—2. Hacia la Santísima Virgen.—3. Hacia el prójimo.

*Gaudens gaudebo in Domino., quia induit me vestimentis salutis, et indumento justitiæ circumdedit me.*

Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor.... pues me ha revestido del ropaje de la salud, y me ha cubierto con el manto de la justicia.

(Is., LXI, 10)

**T**AL es, A. H. M., el lenguaje de un verdadero cofrade del Carmelo, de un buen servidor de María, que no se contenta con llevar la librea de la Madre de Dios y los distintivos de su cofradía, sinó que cumple exactamente con sus obligaciones, y la glorifica con la práctica de una vida santa é irreprochable. ¡Cuán grande es su alegría, en efecto, cuando piensa que se halla de una manera especial bajo la protección de la Santísima Virgen, que le ha adoptado por hijo suyo, y que puede mirarla con complacencia como á su Madre! Pero como yo me he presentado aquí, más bien que á felicitar á los buenos cofrades del Escapulario, á invitar á que lo tomen los que todavía no le tienen, y para fortalecer á los que habiéndole tomado se alejan de su deber, trataré de persuadir á dos clases de personas que están en el error relativamente al Santo Escapulario. Unas creen que el Escapulario es una cosa indiferente, otras se imaginan que basta tenerle sin tomarse el cuidado de llevarle dignamente. Demostraré á los primeros que este santo hábito es una vestidura de salud, y por lo tanto que no es una cosa indiferente. Haré ver á los otros que es un hábito de justicia, y que por esta razón hay que acompañarle de buenas obras. Tal es el asunto de mi discurso.

AVE MARÍA.